

Alejandro López Solórzano

# ESFERA NOCTURNA



EDITORIAL  
UCR

ESFERA  
NOCTURNA

**Alejandro López Solórzano**

# ESFERA NOCTURNA



EDITORIAL  
UCR  
2018

863.5

L864e

López Solórzano, Alejandro, 1971-  
Esfera nocturna / Alejandro López Solórzano.  
-1.ª ed.- Costa Rica: Edit. UCR, 2018.  
x, 175 p.

ISBN 978-9968-46-682-0

1. NOVELA COSTARRICENSE. I. Título.

CIP/3214

CC/SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.  
Primera edición: 2018.

Editorial UCR es miembro del Sistema de Editoriales Universitarias de Centroamérica (SEDUCA),  
perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Corrección filológica: *Carla Salguero A.* • Revisión de pruebas: *David Pérez R.*  
Diseño de contenido y portada: *Daniela Hernández C.* • Diagramación: *Cindy Chaves U.*  
Control de calidad: *Raquel Fernández C.* • Fotografía de portada: *Sahara Celeste Sagot L.*

© Editorial de la Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. Costa Rica.

Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • [administracion.siedin@ucr.ac.cr](mailto:administracion.siedin@ucr.ac.cr) • [www.editorial.ucr.ac.cr](http://www.editorial.ucr.ac.cr)  
Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN. Fecha de aparición: mayo, 2018.  
Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio.

A mis padres, por su apoyo y valor.

# CONTENIDO

Capítulo 1.....	1
Capítulo 2.....	9
Capítulo 3.....	19
Capítulo 4.....	16
Capítulo 5.....	18
Capítulo 6.....	21
Capítulo 7.....	25
Capítulo 8.....	33
Capítulo 9.....	35
Capítulo 10.....	38
Capítulo 11.....	42
Capítulo 12.....	46
Capítulo 13.....	49
Capítulo 14.....	52
Capítulo 15.....	55
Capítulo 16.....	60
Capítulo 17.....	64
Capítulo 18.....	68

Capítulo 19.....	72
Capítulo 20.....	76
Capítulo 21.....	79
Capítulo 22.....	86
Capítulo 23.....	91
Capítulo 24.....	95
Capítulo 25.....	98
Capítulo 26.....	101
Capítulo 27.....	105
Capítulo 28.....	116
Capítulo 29.....	120
Capítulo 30.....	124
Capítulo 31.....	129
Capítulo 32.....	134
Capítulo 33.....	141
Capítulo 34.....	146
Capítulo 35.....	150
Capítulo 36.....	155
Capítulo 37.....	157
Capítulo 38.....	162
Capítulo 39.....	167
Capítulo 40.....	170
<b>Acerca del autor.....</b>	<b>175</b>

# CAPÍTULO 1

**A**l inicio de todo existía una gran hiperesfera, flotando solitaria sobre un mar de energía. No había humanos que pensarán en el mañana, pues no había mañana, sino un presente que permanecía impávido. Todo surgió por la palabra del gran hacedor, olas de significados abarcaban vocablos extensos que pronunciados con su voz produjeron cuanto ves. Nacieron después las potestades y los gobernadores del alto cielo, formidables entidades que viajan por el multiverso en sus carruajes de fuego.

Para pasar de un lugar a otro, por distante que se encuentre el punto mencionado, les basta con pensar y llegan de repente sin que se hubiese movido el más pequeño de los epsilon. El espacio es una farsa y el tiempo fluye en la mente, como el agua de un riachuelo que descarga su contenido en las faldas de la montaña.

La época es el ahora, el fin de seis milenios ajetreados por guerras y calamidades. Podría decirse que es el fin y que el mundo llega a su muerte, pero eso sería acabar la historia sin darle a nadie la oportunidad de entender cómo inició todo. Este universo tridimensional ha cambiado, y a tanta velocidad que resulta difícil reconocer lo sucedido o, mejor dicho, lo que está por suceder.

Todo inicia en un edificio de apartamentos, habitado por profesionales de clase media que a veces no logran encontrar trabajo. Vive en aquel cajón de concreto, un cierto hombre, un pensador empedernido que no se cansa de intentar descubrir los secretos del cosmos. Las tragedias han estropeado muchísimo su rostro, arrebatándole años y paz. No se puede esperar nada bueno del destino, si a fuerza de duros golpes terminas tirado en la oscuridad.

Corre la cortina y una nube de polvo se esparce entre los rayos de sol. Luego, al mirar hacia abajo ve pasar la gente por la calle, las personas cruzan sin fijarse en el tráfico diario que huye de la zona urbana para refugiarse en los estacionamientos de la ciudad, creyendo que se está a salvo del vandalismo que inunda los noticieros.

Esperan en las esquinas el autobús, ansiosos por llegar a trabajar y hacerlo bien. Saben que tienen suerte y que muchos desearían poseer, como ellos, algún empleo estable de salario bajo, que da la misma seguridad que una sombrilla rota ante los nubarrones de miseria que azotan el mundo con crueldad. No es el futuro que ambicionaron los viejos, ni siquiera se asemeja a las ilustraciones de los libros de ciencia ficción cuando explicaban con vehemencia el poder de la razón, que tiene la facultad de vencer cada problema, reduciéndolo a referencias bibliográficas en algún libro de historia antigua.

Víctor espera llegar temprano, pero seguramente la autopista estará colapsada y de nada servirán los carriles rápidos habilitados para descorchar el embudo vial. El reloj se desliza lentamente, acumulando minutos, y el bus no llega. Observa con toda atención, tratando de distinguir la aguja del segundero que no se detiene jamás. Saber la hora con plena certeza lo único que provoca es aumentar su ansiedad. No ha pegado el ojo en toda la noche y se siente cansado. Lo persiguen temores de pensamientos sin sentido, juegan con él y no lo dejan tranquilo. Cuando despierta en la madrugada, siente una cierta rigidez en la cabeza,

un malestar que sube por el cuello hasta el ojo derecho y luego lo punza, lo cual le provoca un agudo dolor que se proyecta por todo su cuerpo.

No le basta pensar nada más para que se desvanezca el insomnio que lo acompaña por la calle cuando camina arrastrando los pies. Ni siquiera le interesan los semáforos verdes que prohíben el paso a los peatones, cumple nada más con la rutina y sigue su marcha de esclavo. Se complace en ser parte de la fila de estatuas humanas que esperan el autobús, mientras sus ojos se cierran nuevamente sin que pueda impedirlo, y la línea delgada de luz que le queda a la visión se convierte en un túnel extenso y redondo.

Se ve rodeado por paredes mal pintadas, en una casa que quizá forma parte de su pasado. Un fuerte brazo lo impulsa con fuerza y, levantándolo de la cama, de inmediato lo empuja hacia el baño. Si estuviese completamente despierto, esperaría ser un niño que escapa por la ventana abierta frente a él, pero la olvida pronto y entonces desaparece, sustituida por la visión de una mesa en la que sirven café caliente con mucha azúcar y pan embarrado de mantequilla.

Luego, enciende la radio y escucha como hombre adulto algunos consejos importantes para disminuir las deudas y la posibilidad de un embargo. Da algunos pasos sobre la alfombra desgarrada por un gato ausente, que vive en alguna parte del vecindario y, a veces, en aquel apartamento del cuarto piso. Sabe bien que el animal es un hipócrita y que lo visita simplemente estimulado por intereses egoístas y, a pesar de ser consciente de la verdad, lo tolera todo, pues el gato es su único amigo.

Hay enormes cristales en los edificios que se miran a lo lejos, cambian rápidamente de forma, pero su extrema brillantez le impide mirar con más atención. Sería terrible saber que no hay más mundo que esa casa vieja que se transforma en apartamento, la ventana cuadrada de viejas bisagras y los edificios de líquidos brillos que se mecen con el calor.

—¡Si no piensa subir, retírese de la puerta! —exclama una voz grave e insoportable.

Las palabras del chofer del autobús hacen que la imagen se esfume al instante. Extiende la mano para que pague, lo que indica un letrero colgado cerca de la puerta mecánica, y Víctor procede a contar monedas que abandonan sus bolsillos oponiendo cierta resistencia. Una, luego dos, tres, posiblemente cuatro. El gesto grosero del chofer demuestra claramente que no es suficiente el montón de circunferencias metálicas que ha depositado en su mano carente de meñique, se requieren monedas de mayor diámetro, pero se resisten a salir ocultando el escudo metálico que las identifica.

La gente se impacienta, pues tiene prisa por subir en aquella máquina de transporte urbano; necesita conseguir alguno de los asientos disponibles y luego olvidar que voraces demonios la esperan en cada esquina, atrapados entre las paredes que en esta hiperesfera separan la tercera de la cuarta dimensión, sedientos por la energía vital que pueda robarle. Lo único que requieren es un pensamiento lascivo, una palabra hiriente que sea difícil perdonar, un temor que acelere el pulso y, entonces, podrán manifestarse como si fuesen invocados por un hechizo antiguo, fundiendo su cuerpo inmaterial con el inconsciente colectivo.

El suspiro de la persona que sigue en la fila hace que el pago se haga con un billete y sin esperar el cambio. Al entrar al autobús, observa las marcas de cuchillo en sus paredes y todo tipo de mensajes y rayones, evidencias de romances olvidados que se escriben con una equis, nombres curiosos y fechas importantes. Pero hay otra escritura, un código secreto conocido por los maestros del grafiti, mensajes parciales de la misteriosa sabiduría que se infiltra entre las letras y se borra con los años, dejando una mancha rojiza.

El tiempo pasa y la distancia disminuye inevitablemente. Poco falta para ingresar en la universidad, embadurnada por altos y

costosos edificios de extraña arquitectura y enormes presupuestos. Tiene un portal automático que se abre por sí mismo y deja que la gente entre despacio, mientras los guardias de seguridad los examinan con detectores metálicos que, rozando sus cuerpos, olfatean como sabuesos las perturbaciones magnéticas.

Los objetos se echan en una cajita y luego se levantan los brazos en un acto de completa obediencia. Todos los días se ejecuta el mismo ritual, una vez al entrar y otra vez al salir. Escucha los saludos fraudulentos y matutinos que pasan con rapidez, y se distingue de las despedidas que al final de la tarde se dicen con letargo, obligadas por la esperanza de alcanzar un mejor mañana.

Cuando todavía es temprano, la ciudad se llena de calles, y las calles se llenan de gente sumergida en asuntos comerciales y conversaciones intrascendentes, en mundos internos compuestos de proyectos personales considerados importantes, mas no son más que infantiles quimeras. Aunque hablan, nadie escucha lo que el otro dice, se hablan a sí mismos y responden lo necesario para que los demás piensen que se les presta atención.

A veces, en la tarde, los sorprende la lluvia. Es detestable para cualquiera el sentir que les llega a tocar las manos, pues se roba el calor acumulado en el centro de sus palmas. Lo mejor es caminar, hacer fila como lo hacen todos, pagarle al chofer y subir al autobús en silencio. Los asientos traseros son muy convenientes, si lo que se quiere es poder bajar sin la necesidad de empujar a nadie.

El anciano que viaja al lado trata de conversar, denigrando la lluvia y la mala planificación vial, en una ciudad que exhibe pocas calles y demasiados bulevares. La sonrisa amable de Víctor, quien mira de soslayo por la ventana, le dice que no tiene interés en el tema. El viejo lo entiende y evita sentirse avergonzado, completando el comentario con algunos murmullos, mirando siempre hacia delante con la vista fija en el pasado.

A pesar de que el autobús hace todo un esfuerzo por moverse, la verdad es que está clavado en el mismo lugar. Todo es inútil, la vida es un miserable desperdicio de energía que intenta hacer pasar los años sin que se noten siquiera, convertidos en décadas que terminarán olvidadas en algún álbum de fotografías, marchitas por la nostalgia.

El autobús ni siquiera ha recorrido un centímetro y, en el escenario de la imaginación, Víctor ya ha regresado a su casa. El chofer apenas termina de cobrarle al último pasajero, quien sube con la esperanza de encontrar lugar, pero se resigna malhumorado a permanecer de pie, mientras se sostiene de las agarraderas que cuelgan del techo, manijas de maletas viajeras que se aferran del cielo con desesperación.

Un par de silbidos le indican al chofer que se hace tarde, que ya es hora de partir. Por fin inicia el viaje, buscando un camino entre la lluvia que cubre el parabrisas y los carriles atestados de vehículos, habitados por luces rojas y amarillas que se estrellan contra los empapados vidrios y luego se derriten en gotas de colores, que a veces toman la forma de hexágonos, de pentágonos y también de caminantes solitarios que marchan en la procesión diaria de un funeral anónimo.

De pronto sucede, y no es la primera vez, le pasa todos los días, pero prefiere no decírselo a nadie. Deja pasar el tiempo, pensando quizá que estará curado de aquellos delirios. Podría ser algo pasajero y no debería darle importancia, sabiendo que a otros les suceden peores desgracias. Las sombrillas se transforman en hojas verdes, la calle de asfalto pasa a ser un río caudaloso y las gentes se convierten en árboles fornidos. El viento sopla, acelerando la lluvia que lo inunda todo. Al fondo aparece una montaña vestida de niebla que cubre con humedad los troncos. El sudor baja por los brazos y se desparrama por la tierra, se mezcla con la lluvia sin ningún disimulo.

Braman los motores con el rumor que hace el río, y la conciencia humana se zambulle entre las hojas arrancadas por el viento, forzándolas a todas a llevarse un chapuzón. Se retuercen las hojas por la fuerza de los remolinos, vitalizados por las aguas que bajan de la montaña. El autobús frena de repente y el río se seca, y se convierte de nuevo en asfalto. Regresan las voces que discuten los precios de los artículos de primera necesidad, la guerra por el petróleo y el inmenso calor del sol que quema con sus flamas las ciudades pobres del hemisferio sur.

Es hora de bajar y, con muchos esfuerzos, alcanza a llegar a la puerta delantera. Salir por allí genera un regaño del chofer, que explica refunfuñando que esa puerta no cumple tal propósito. Finge que no le entiende para poder escapar de aquel autobús colmado de almas lastimeras que habitan cuerpos inmóviles. A pesar del paraguas, la lluvia siempre empapa sus manos, y las muerde fuertemente con el frío que las impulsa a meterse con rapidez en los bolsillos.

Uno o dos pasos, quizá cien, y podría estar en aquella casa esquinera que exhibe un balcón y paredes blancas, construidas con el esfuerzo de tres generaciones. Las canoas viejas no dan abasto con el intenso aguacero y se inclinan, vencidas. El agua que las rebalsa salta formando cadenas cristalinas y, al quebrantarse, proclaman un sinfín de rimas, en un lenguaje que solo descifran las ranas verdes y ciertos pájaros.

Ocultas del oído más fino, canta la lluvia, arrojándose desde los techos. Cuenta historias de vidas humanas que golpean el suelo, luego corren presurosas por las alcantarillas, pensando que lograrán vencer su miseria, mas terminan siempre en el río. Convince la lluvia al lodazal para que empuje la puerta del autobús, de manera que impide que esta se cierre por completo. Las gotas al caer forman anillos de compromiso, haciéndole creer a las nubes que han de abandonar su soltería, uniéndose en matrimonio con el viento que huye raudo por la avenida.

Seguida siempre por un cortejo de calles que la cruzan asqueadas de aquella ciudad sombría, la avenida se planta furiosa como una tira pintada de sombras y cubierta por capas de delgado asfalto. Víctor cierra los ojos y la lluvia acaba al instante, pues no es la lluvia que viene del cielo, derrumbada desde las nubes que añoran el abrazo del mar. Es solo otro sueño que lo visita en la fila del autobús, es el recuerdo de una mañana caliente y una tarde fría, que irrumpe en su vida en un día cualquiera.

Esta es una muestra del libro  
en la que se despliega  
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo  
en la [Librería UCR](#).

LIBRERÍA  
  
UCR